



Taller de Lectura y Escritura I

---

Ana María del Río (1948- )

---

**“Absorto” (En *Cuentos de la dictadura*. Ramón Díaz E.-Diego Muñoz V. , 2003.)**

Un día, a mediados de semana, Francisco Basoalto desapareció. Cómo no iba a desaparecer, si andaba metido en todos esos asuntos, gritó su madre, llorando en el jardín. Todas esas llamadas extrañas, ésas, para las reuniones los domingos, cómo no iba a desaparecer si ya casi no se aparecía por la casa y andaba con toda esa gente de parka.

El padre de Francisco no dijo nada, en cambio.

Simplemente, se dedicó a buscar a su hijo. Era el único, había asistido en respetuosos silencios de sobremesa a todas sus actividades de crecimiento (mañanas, decía su madre) y lo había esperado sumergido en un libro cuando se demoraba en volver, en las noches. Empujado por las aprensiones de la bata flotante de su mujer, se dirigió a la Vicaría para denunciar la desaparición. Pero cuando iba camino a ella, vio que la cosa debía hacerse realmente por el principio y se inclinó en un teléfono a preguntar en postas y comisarías.

Los datos que daba de su hijo le parecían extraños: ojos pardos, pelo castaño, tez blanca, parka azul, sí, más o menos alto, ¿qué cuánto? Bueno, un metro setenta y tantos... en el servicio de solidaridad televisiva le preguntaron el grupo de sangre de Francisco y se asombró al saber que no sabía.

Tampoco había intentando informarse sobre aquellas reuniones, esas vagas imprentas, esas pilas de papeles que florecían bajo el hombro de su hijo, esa carrera interminable, esos trabajos de verano, esos foros. Había agrupado todas esas cosas en la palabra juventud y no se preocupó más.

De pronto, ese miércoles, Francisco había desaparecido.

Sacudió a su esposa, y en pleno jardín aún a riesgo de ser ahogado por la acequia de lágrimas avanzando a través de los tranquilizantes que la rodeaban, le dijo que había que hacer las cosas con lógica, que nada se sacaba con ponerse a gritar en un jardín, sobretodo en un jardín posterior. Su esposa lo miró y esta vez no se calló la palabra monstruo y se la gritó en tres idiomas. El hombre se sacudió de encima los insultos y pisoteando los pensamientos salió del jardín, convencido que la empresa ahora le correspondía por completo; debía encontrar él solo a Francisco.

En las postas le tocó examinar a cuerpos jóvenes, no identificados, tan parecidos a su hijo, que se estremeció por primera vez en todos esos años: el mismo pelo de mechones, los párpados confiados, el sueño de niño, los hombros carnosos, aptos para camisetas de colores. Salió tambaleante de la sección de identificaciones y no muy seguro de que alguno de esos no fuera Francisco.

En la Vicaría, le tuvieron más consideración. Sentado en una silla, tuvo a una muchacha y a un hombre dedicados a pedirle datos sobre su hijo y su trayectoria: no, no estaba en comisarías, ni en hospitales; no, claro que no se había ido de viaje, no tenía dinero, además, no se iría sin... quedó en silencio.

Se fijó que el abogado y la muchacha hablaban en notas pequeñísimas y las traspasaban a una libreta; afiló el oído y los cuchicheos subieron por su espina dorsal llenándolo de un horror extranjero, como si estuviera entrando a Fantasilandia por primera vez: Lonquén no; Tres Álamos, hay que mandar al padre Uribe, pero primero vas tú a presentar el recurso de amparo. Hay que moverse rápido, no vaya a ser uno de los del mitin.

- ¿Qué mitin- salta el hombre y su pensamiento se desboca, qué mitin, motín a bordo, los rebeldes serán despedazados, los grupos serán batidos hasta que la masa sea blanda y perfecta y se hornee a impulsos del progreso. Dónde diablos había oído eso, no, a su hijo no, pero algo había dicho de un mitin, no un motín, no sé cómo era, salía en los papeles que llevaba, ah, si los hubiera leído, sino hubiera preferido los noticiarios sedantes.

- Vamos a interponer el recurso de amparo- dijo el abogado y el hombre se fijó que parecía uno de esos Cristos cansados de parroquias. Miró el alto de carpetas amarillas que amenazaban una avalancha desde el muro.

Cuando salió a la calle, la gruesa papada de la razón lo había abandonado y sintió el miedo gota infiltrado por la uretra de su corazón. Pero una vieja educación positivista lo obligó a no desesperar y a salir por las calles del centro buscando algunas pistas y serenidad.

De pronto, en la esquina de Huérfanos, las vio: eran las piernas de Francisco enfundadas en los bluyines azules, con el mismo grado de descoloramiento aventurero que los de su hijo. Las siguió. Las piernas empezaron a correr. Sin fijarse mucho a quién pertenecían, corrió tras ellas, sorteando empujones, reclamos, fíjese el huevón por dónde camina; en el semáforo las alcanzó y sólo entonces miró hacia arriba. No era él.

Pero eran sus piernas, seguía pensando mientras rodaba por las calles, ajeno al apuro oficinesco que lo había perseguido hasta entonces. Ese día no iría a trabajar. Ni los otros. Hasta que encontrara a Francisco. Entonces, lo invitaría a almorzar en el centro, decidió, y lo iba a mirar bien para encontrarlo sin problemas por si desaparecía de nuevo, se dijo en lo profundo. Ya para estar con él, se repitió bajo, sintiendo un nudo traposo en la garganta y unas ganas de ponerse a llorar en la calle igual como lo estaba haciendo su esposa allá en su casa, en el jardín interior. Tosió. Tenía que tener clara la cabeza. Quién sino él era el de la cabeza clara. Siempre, desde el liceo, había obtenido los triunfos por no precipitarse tras quimeras, por sopesar como un almacenero, todas las posibilidades en juego, por no dar el primer paso sin tener llena de ases la manga, por... ¿en qué estaba? Ah Francisco, Francisco...

En la Universidad, le asombró la juventud de los alumnos y la despreocupación cuidadosa que se advertía en el aire, patios enmarcados por vigilantes azules, nada de académicos, una biblioteca lastimosamente exigua (tal vez, entre los libros que colgaban, pudiera averiguar más de su hijo), y una especie, no pudo explicarlo, una especie de uniformidad en las espaldas, nucas de niños enyesados, pensó y no le gustó nada. Estrujó sus recuerdos y decidió de Francisco que él no era así, por lo menos no se había mostrado así en el tiempo en el que estuvo con ellos, su cabeza, su pensamiento, se erigían, cómo decirlo, sobre las

palabras de la tele, su madre nunca le entendió lo que le decía y eso era buena señal, pensó, mientras caminaba por los pasillos.

De pronto, en una de las salas pintadas de naranja, lo vio. Francisco estaba allí, anotando bajo el rayo de la ventana entreabierta, en su cuaderno universitario, los hombros sumergidos en la cabeza, tal como él le había dicho que no hiciera, que arruinaba la espalda. Entró a la sala. La figura de adelante se quedó callada y hasta el pizarrón pareció borrarse de súbito. El hombre balbuceó, es que mi hijo y hace tres días... y entonces el joven levantó la cabeza y no era Francisco, la otra parte eran las piernas enfundadas en bluyines descoloridos, era un cuaderno igual a ese, tartamudeaba cuando salió de la sala en medio de los movimientos de los cuellos siguiéndolo.

Los pasillos se le hicieron odiosos. No se terminaban nunca. Ninguno contenía a sus hijo entero. Tan solo jirones de su hijo, mechones de pelo allá lejos y él corría y no era, chaquetas, hombros agachados, cuadernos universitarios iguales, las mismas manos de uñas comidas escribiendo. De pronto pensó en el portero azul, el que le había retenido el carné en la puerta.

Bajó a saltos y lo enfrentó. Le dijo que necesitaba con urgencia ubicar a Francisco Baosalto, que hacía tres días que no, qué cómo era posible, tengo a carabineros, fuerzas armadas, todos buscándolo, agregó. El portero, sin contestarle, se introdujo en el citófono. Bajó un amable señor revisto de lavanda y con las hojas de agujeros de la computadora, que lo comprobara usted mismo, que viera, ese nombre no figuraba en las listas, y tuviera en cuenta que eran las del semestre recién pasado... no hay error, todo pasa por la máquina y nosotros sabemos exactamente. Salió huyendo. Cada paso era un aguijón y no sabía si ponerse a aullar ahí mismo en el cemento, dejando que policía y diarios tomaran posesión de él o estrujar el resto de razón que le quedaba para seguir buscando.

De pronto pasó la micro con la insignia de la Universidad. En la de los trabajos de verano. Iba llena de jóvenes que cantaban y el vientre de una guitarra sobresalía por la ventana.

Cuando el hombre miró, en todas las ventanillas había Francisco, 32 Franciscos todos iguales, capacidad máxima 32 asientos, tocando guitarra, la canción de los trabajos de verano. El hombre entró a la casa por la puerta de atrás.

En el jardín interior, su esposa navegaba con un concierto de éxitos de los años veinte, agrupados en torno a una radio vieja, entumida bajo los sedantes y con el moño del sufrimiento enarbolado para siempre.

En vez de los aros seductores de los primeros domingos, flotaban bolsas bajo sus ojos. Se preparaba trabajosamente para salir a comprar el pan, única empresa del día.

El hombre entró en el vestíbulo y apagó la radio. Se puso la corbata rápidamente y se peinó en el espejo de los paraguas. Cuánto tiempo sin bañarse, pensó y sintió hambre. Su esposa le salió al encuentro, rodeada de comitiva de perro y empleada.

- ¿Nada?- sollozó.

- ¿Nada de qué?- preguntó alegremente él. Y enseguida: - ¿Qué hay de almuerzo?

Ella lanzó un bufido que acabó con los restos del maquillaje.

- ¡Cómo nada de qué!- rugió. - ¡Nuestro hijo, qué de él QUÉ!- y al decir esto se le cayeron tres pañuelos y todo el dolor arrastrado.

- Parece que estábamos equivocados- dijo él desde el comedor-. Nunca tuvimos un hijo que se llamara Francisco.